

tras, es decir que administran muchos dioses, siendo la deidad una y no partible en esencia, aunque es comunicada en personas, que son el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, a las cuales tres personas en unidad de esencia están sometidos y sujetos los ángeles.

CAPÍTULO X. *En el cual se da principio a las celebraciones de las fiestas que estos gentiles indianos celebraban cada mes de su calendario; y se trata de las del primer mes de su año*



EL PRIMER MES CON QUE ESTOS MEXICANOS comenzaban su año, así para la cuenta de todas las cosas como para la celebración de sus fiestas, llamaban atlacahualco o quahuitlehua, el cual corresponde al nuestro de febrero y comenzaba en el primer día de él. En este mes hacían fiesta a los dioses del agua, llamados Tlaloc o Tlalocatecuhtli y en plural Tlaloque. Al segundo día de este mes se juntaba todo el pueblo a la celebración de su fiesta, en la cual hacían muchas y varias ceremonias y las acompañaban con diversidad de sacrificios; y por razón de tenerlos por dioses de las lluvias y aguas ocupábase este día, y todos los demás de el dicho mes, en comprar niños tiernecitos, que aun estaban a los pechos de sus madres, para sacrificarlos en los montes, de donde imaginaban que el agua les venía y les parecía que las nubes se engendraban, en las cuales tenían creído que los dichos Tlaloques estaban y presidían. De estos niños comprados hacían luego sacrificio, gastando en él parte de éstos, pero no todos; y los que restaban iban sacrificando por espacio y tiempo de tres meses, que según esto era esta matanza y sacrificio en los otros dos meses suyos, que corresponden al nuestro de marzo y parte de abril, que es el tiempo cuando ya las aguas, en esta tierra y reino, comienzan con alguna frecuencia, para sustentar los sembrados y sementeras. Mientras alguno de estos niños no se sacrificaba no se le quitaba a la madre, y le criaba hasta que llegaba el día de su ofrenda y muerte.

Dos cosas son aquí mucho de notar. La una, que los padres de estos niños lo vendiesen y diesen voluntariamente para que muriesen; y la otra, que esta venta fuese en este mes de febrero, para mover y obligar al dios o dioses de las aguas a que se condoliesen de los sembrados y les envasen aguas, por intercesión de aquella sangre inocente derramada en aquella tan tierna y delicada edad. La primera de estas dos cosas toca al sentimiento natural, que en razón de carne es uno de los más tiernos de la vida, en especial en mujeres que, como más flacas y débiles en el ánimo, lo sienten con dolor interno, como parece en las madres de los niños de Ramá,<sup>1</sup> que a su muerte clamaban y daban voces y ofrecían sus vidas, tras de las de sus hijos, haciendo y mostrando amorosos y tiernos sentimientos; y si estos mismos hacían estas gentes (como lo

<sup>1</sup> Ierem. cap. 31, v. 15.

entiendo, por ser de las que más aman y quieren a sus hijos de todas las del mundo) es de mucho mayor encarecimiento este acto y mucho mayor la devoción, pues por dar en sacrificio a su hijuelo tierno, se privaba del contento de gozarle; y de aquí le nacía al demonio mayor contento (si los tormentos en que vive le dieran lugar a que le tenga) a lo menos le pudiera nacer mayor estimación y devoción, pues obligaba a que cada uno creyese ser poderoso; pues les parecía que lo era en hacer una obra tan hazañosa, de que las madres diesen voluntariamente a sus hijos para ser muertos en su servicio, repugnando a una de las mayores y más fuertes razones de las cosas naturales, que es ofrecer al propio hijo a la muerte, siendo lo ordinario desearles vida para gozarlos.

La segunda es que esta venta sea hecha al segundo día de este mes, en el cual nosotros los cristianos celebramos fiesta de la presentación de la virgen, sin mancilla, en el templo de Jerusalén, llevando a su niño, benditísimo hijo de Dios, en sus brazos, cuya vida fue vendida por la culpa de la primera madre del mundo; y lo lleva a presentar y hacer ofrenda de él, como manifestando a Dios aquel sacrificio que después había de ser ejecutado en el árbol de la cruz.

Donde debemos notar la envidia grande del demonio y cuanto procura imitar a Dios en todo lo que puede y tiene de permiso de ese mismo Dios y señor nuestro, pues cuando en su iglesia se celebra fiesta de su presentación y ofrenda de tórtolas y palominos, que su madre hace por él, ordena él otra en su ley falsa, en la cual no se contenta que mueran tórtolas ni palomas, sino niños, en condición tiernos como tortolitas, y en su simplicidad e inocencia más que palomas; y esta sangre inocente hace que se derrame a imitación de la derramada en el sacrificio de las tortolillas; pero hay aquí una diferencia, que estos niños gentiles son vendidos y presentados y no redimidos sino muertos, para denotar que su venta y muerte no era de redención, por cuanto el demonio no podía hacerla, por ser demonio y espíritu malo, engañador y mentiroso; y que aquella muerte es de condenación eterna y privación y carencia de la vista y presencia de Dios; pero Cristo es presentado y redimido por aquel género de redención para denotar que es la redención de el género humano, y que con brazo poderoso y mano fuerte había de destruir al fuerte armado del demonio, que con malicia y tiranía estaba apoderado de él y gozaba de falsa y fingida gloria.

Había en los templos de estos idólatras las imágenes e ídolos en aquellos dioses de las aguas, ante los cuales ofrecían y sacrificaban los dichos niños, cuya sangre y corazones ofrecían a los demonios, representados en las estatuas que estaban en los montes, y sus cuerpos los comían los señores y gente principal, yendo a la parte de estas viandas y manjares los sacerdotes, como queriendo el demonio que sus ministros tuviesen en esta su falsa ley la parte del sacrificio, que en la antigua tenían los de Dios verdadero. Cuando llevaban estos niños al sacrificio, iban en hombros y literas muy enramadas y compuestas de flores y rosas; y de ellos (como en otra parte hemos dicho) echaban en esta ciudad de Mexico en el remolino de la laguna, y los otros llevaban al desierto y monte de Coatepec a hacer

de ellos el ordinario sacrificio. Llevábanlos con mucha música, así de instrumentos musicales como de cantos e himnos hechos y compuestos para aquel propósito. Este mes mataban otros muchos cautivos a honra de los dioses Tlaloques.

El remate de este día festivo era con teatro digladiatorio, que es aquella lucha y contienda, que en otra parte dijimos, que se hacía del esclavo o cautivo en guerra, subido en una piedra agujereada, por donde pasaba una sogá con que el mísero cautivo estaba asido por la cinta y con armas para pelear con otro libre y suelto, muriendo en la contienda el que podía menos de los dos, que siempre acontecía morir el atado, por estar menos ágil y ligero para ofender y defenderse. Este teatro digladiatorio era casi continuo en todas las fiestas del año y en muy pocas se dejaba. Este mes, que en los mexicanos era primero, es en los romanos segundo de su año, del cual usamos nosotros los españoles y latinos, en el cual hacían un muy solemne sacrificio y fiesta (como dice Festo)<sup>2</sup> que duraba por doce días; el cual era hecho por las ánimas de los difuntos, como impetrándoles algún descanso (si fuera así que el demonio pudiera darle). De manera que el demonio pedía en estos gentiles modernos que le sacrificasen niños inocentes en el mismo tiempo que en los romanos ordenó el sacrificio ofrecido por los condenados a perpetuas penas, fingiendo en unos, que muriendo entonces; iban a descanso, y que los otros descansarían con semejantes ofrendas. Bien de risa son ambas cosas, considerándolas en cuanto engaño y embuste del demonio, pero muy de llorar y sentir en cuanto son hechas en criaturas de Dios, engañadas por el padre de la mentira.

CAPÍTULO XI. *De las fiestas que estos indios celebraban en el mes segundo de su año, llamado tlacaxipehualitzli, al dios Xipe, por otro nombre Toteo, dios de los plateros*



STOS INDIOS, QUE COMO LOS ANTIGUOS, ignorando la unidad de la esencia de un solo Dios la repartieron en muchos, fueles fuerza darle a cada uno lo que a uno solo le convenía; y así tomaban de ellos lo que más a su propósito hacía. Uno de éstos fue Xipe, al cual los plateros tomaron por su particular dios y le celebraban su fiesta solemnemente el segundo mes de su año, que se llamaba tlacaxipehualitzli, el cual mes comenzaba a los veinte y dos del nuestro febrero; el cual día es en nuestro cristianismo la cátedra de San Pedro, intitulada *De Antioquia*, cuando tomó posesión de aquella iglesia, con autoridad de Cristo, cuyo vicario era. Era, pues, esta fiesta muy solemne y honrábanla mucho los plateros, en la cual tuvieron por opinión, según la falsa doctrina de sus pasados, que se debía celebrar con mucha majestad y autoridad de todo el pueblo, por cuanto los transgresores y quebrantadores de ella eran gravemente castigados de este

<sup>2</sup> Festus de Verb. signif.